

ÍTALO LATORRE-GENTOSO

DIGNIDAD

P O R P A R T E S

Reflexiones en torno a la ética del cuidado

ÍTALO LATORRE-GENTOSO

DIGNIDAD

POR PARTES

Reflexiones en torno a la ética del cuidado

Pranas
Ediciones 



RiL editores

341.481 Latorre-Gentoso, Ítalo

L Dignidad por partes. Reflexiones en torno a la
ética del cuidado / Ítalo Latorre-Gentoso. --
Santiago : RIL editores, 202X.

132 p. ; 23 cm.

ISBN: 978-956-01-1612-3

1 ÉTICA SOCIAL. 2 DERECHOS HUMANOS.



DIGNIDAD POR PARTES.
REFLEXIONES EN TORNO A LA ÉTICA DEL CUIDADO
Primera edición: junio de 2024

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2024
Registro de Propiedad Intelectual
N° 2024-A-1169

© RIL® editores, 2024
© Pranas Chile Ediciones, 2024

SEDE SANTIAGO:
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
☎ (56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:
Cochrane 639, of. 92
CP 2361801 Valparaíso
valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:
europa@rileditores.com • Barcelona

Composición e impresión: RIL® editores
Diseño de portada: Í. L.-G.

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-1612-3

Derechos reservados.

ACCESO A CONTAR NUESTRAS HISTORIAS AL MARGEN DE LA HEGEMONÍA

En terapia, Macarena², una mujer de 34 años, me cuenta con angustia y sensación de culpa: «Venía en un bus y entró una mamá con sus dos hijos pequeños, eran haitianos y se notaba que ella estaba cansada. Yo estaba en mi asiento asignado, pero decidí ofrecérselo para que fueran más cómodos. Había un asiento libre al lado de un hombre. Cuando le pedí permiso, me miró y con apenas un gesto me dijo que pasara. Su postura, su actitud, todo fue muy incómodo, violento. Estaba desparramado en el asiento con las piernas abiertas, utilizando todo el espacio, no se movió ni un centímetro. Tuve que pasar frente a él y me sentí horrible, violada. ¡Para quienes hemos vivido abusos estas cosas afectan! Me dio rabia conmigo por no decirle nada, por no responder. Me da rabia porque vienen a mi mente cuestionamientos hacia mí, culpa, rabia conmigo».

Las interpretaciones que hacemos de nuestra experiencia están moldeadas por los relatos que nos ofrecen un marco para esas interpretaciones: aquellos relatos que nos habitan. Y no todos los relatos tienen el mismo espacio para ser contados, hay unos con mucho espacio y otros que tienen que luchar por hacerse algún

² Todos los nombres de las personas involucradas en mis terapias son seudónimos. Además modifiqué detalles que son irrelevantes para las historias con el fin de proteger el anonimato.

lugar. Los relatos dominantes o hegemónicos serían, por ejemplo: los de la *culpa* en contextos de abuso, los del *fracaso* en contextos de disidencia sexual, los *misóginos* en contextos de mujeres reclamando sus derechos, los de *odio racista* en contextos de lucha de cuerpos no blancos, los de *nacionalismo y patriotismo* en contextos de inmigración racializada y pobre, los de *adultocentrismo* en contextos de las protestas de las niñeces, los de la *heteronorma* a las preferencias sexuales, los de *patriarcado cisnormativo* a las personas que transicionan, los de *capacitismo* a los cuerpos que no se mueven del modo productivo neoliberal, los de *salud mental* a quienes no corren al ritmo de la explotación individualista y voraz, los de *anormalidad, psicopatología y trastorno mental* a cualquier forma de vida que no puedan controlar o cualquier denuncia, protesta o reclamo que quieran silenciar. A menudo estos discursos hegemónicos van de la mano y otras veces se necesitan unos a otros para despreciar estas vidas. En otras palabras, los relatos dominantes suelen estar cargados de odio a las expresiones que desobedecen las normas impuestas sobre cómo hay que vivir la vida, normas dictadas por estos mismos discursos.

De este modo, es común que las personas que han vivido abusos interpreten su experiencia en base a relatos asociados a la culpa, la vergüenza, el cuestionamiento de sus habilidades para poner límites, etc. Eso es lo que estaba escuchando en el relato de Macarena. Pero yo estaba interesado también en otros relatos, esos que están por fuera de la hegemonía —en este caso misógina— y que pueden ofrecer una mejor interpretación de lo que las acciones de esta persona podrían eventualmente significar.

Indagué: «¿Puedo hacerte una pregunta en relación a esto de no haberle dicho nada al hombre? No es primera vez que me cuentas una escena como esta y sé que otras veces has *alzado la voz*». Respondió: «¡Es justo lo que me da rabia de mí!». Entonces indagué: «¿Sería posible que volvieras en tu mente a ese momento en el que pudiste decir algo, pero no dijiste nada? ¿Me permitirías preguntarte como si estuvieras ahora en ese preciso momento? Si pudieras pausar todo lo que estaba pasando y yo pudiera preguntarte ahí,

arriba del bus: ¿por qué no respondes? ¿Estás cuidando algo? ¿Tu bienestar, tu seguridad, el hecho de que viajarías dos horas al lado de esa persona?».

Luego de pensar un momento no tan largo, me comenta: «Es que había niños al lado, estaba la mamá con los niños, no quise hacer escándalo o armar una situación que pudiera transgredirlos». «¡Wow!», exclamé. «¿Cuidaste el bienestar de los niños a los que cediste el asiento?». Me dijo: «Su dignidad y su tranquilidad. Se veían personas que una se da cuenta que no lo han pasado bien». «Entonces —respondí— no decir nada a ese hombre, ¿fue una acción de cuidar la dignidad de esos niños y de esa mujer? ¿Cederles el asiento también?». «Sí, diría que sí», respondió.

Conversamos un rato en torno al sentido de sus acciones, honrando sus formas de responder, desafiando la culpa misógina que intentaba invisibilizar esta historia. Hacia el final de la conversación, le pregunté: «¿A quién le sirve que en lugar de contar esta historia así, como acciones de cuidado de la dignidad y la tranquilidad de personas que lo han pasado mal, sea la historia de la culpa, la incapacidad, el cuestionamiento a ti misma?».

Reflexionamos que el abuso siempre quiere que las personas interpreten sus vidas desde la culpa, la descalificación, el cuestionamiento de sus habilidades. Que así se deja de hablar de quienes ejercen el abuso y también desaparecen las historias que hacen visible que las personas no renuncian a la dignidad e incluso son capaces de construir contextos dignos para otr*s que lo están pasando mal, pese a toda la violencia abusiva que pueden haber vivido.

Me dijo que esta historia hacía justicia con lo que había pasado, que de pronto se sentía aliviada, que no es justo culparse y oscurecer la historia de lo que la sostuvo en su accionar. También me enseñó que esta conversación hacía más claro para ella hacia dónde direccionar la molestia, en este caso, hacia la actitud prepotente de aquel hombre.

¿Qué tal si las personas que no calzan con los relatos hegemónicos de identidad (¿alguien calza del todo?) —esos que nos imponen cómo debemos vernos, hablar, movernos, vernos, vestirnos, pensar,

sentir, emocionar— puedan contar las historias de sus vidas al margen de estos mandatos imposibles y avasalladores?

La hegemonía cuenta las historias para poder sostener su proyecto de soberanía, todo el resto de quienes vivimos al margen de esa minoría privilegiada, necesitamos recuperar los espacios para contar nuestras historias en nuestros propios términos. Y esos espacios los construimos nosotr*s mism*s en cada conversación, con la escucha, en la curiosidad genuina...